

¿PARA QUE EXISTE LA LLUVIA?

Notas acerca de una psicoterapia del acontecimiento vital

Dr. Claudio Rud . Buenos Aires. Argentina.
claudio@casabierta.com

¿Cómo hacerte saber que siempre hay tiempo?

Que uno tiene que buscarlo y dárselo...

Que nadie establece normas, salvo la vida...

Que la vida sin ciertas normas pierde formas...

Que la forma no se pierde con abrirnos...

Que abrirnos no es amar indiscriminadamente...

Que no está prohibido amar...

Que también se puede odiar...

Que el odio y el amor son afectos...

¿Cómo hacerte saber que nadie establece normas, salvo la vida?

Mario Benedetti

Comienzo por aclarar el sentido del título de estas notas acerca del para que de la lluvia, el mismo se refiere a los propósitos, a la utilidad y/o a los resultados de algún fenómeno o acontecimiento.

La respuesta a esa pregunta puede ser formulada desde dos posibles puntos de vista. Pero ambos aluden a la *finalidad* del fenómeno. Es decir que son respuestas a la pregunta ¿para qué?

Una de las posibles respuestas, desde la perspectiva del hombre, podría ser: para regar los campos, para nutrir los sembrados, para aumentar el caudal de los ríos, para mantener el equilibrio ecológico, para provocar inundaciones, etc. Es decir que existe con un propósito que se extiende más allá del fenómeno mismo del llover, que lo trasciende. Desde este punto de vista el poder de la lluvia, está en el logro de ese propósito, y será valorada como buena o mala de acuerdo a las consecuencias que provoque.

La otra respuesta posible a la que me refiero, considera que la lluvia sólo existe para llover, es decir que el fenómeno ocurre como pura afirmación de su ocurrir, que es inmanente. En este caso el poder de la lluvia consiste en que “puede llover”, reside en su plena expresión, en el acto mismo de llover.

Desde la perspectiva centrada en el hombre, pensamos la lluvia con un criterio de utilidad, en cambio desde la perspectiva de la naturaleza toda, la lluvia ocurre sin otra finalidad que no sea llover.

Es Spinoza quien nos advierte en el apéndice de la primera parte de su *Ética*, acerca del prejuicio humano, de este mirar antropocéntrico, por el que entendemos los sucesos desde la lógica de la utilidad. “Todos los prejuicios que intento indicar aquí dependen de uno solo, a saber: el hecho de que los hombres supongan, comúnmente, que todas las cosas de la naturaleza actúan, al igual que ellos mismos, por razón de un fin, e incluso tienen por cierto que Dios mismo dirige todas las cosas hacia un cierto fin, pues dicen que Dios ha hecho todas las cosas con vistas al hombre, y ha creado al hombre para que le rinda culto.”

También podemos intentar entender el encuentro interhumano teniendo en cuenta que lo podemos hacer desde una mirada, o desde la otra; a la primera la denominaríamos finalidad intencional y a la otra finalidad deseante.

Del mismo modo que con la lluvia podemos preguntarnos acerca del poder del encuentro. O bien lo que el encuentro puede, está en su resultado es decir en un más allá del acontecimiento, lo que nombramos como finalidad intencional; o bien el poder, es decir la potencia del encuentro, está en el encuentro mismo, a esto último lo definimos como finalidad deseante.

Por finalidad intencional entiendo aquella que busca resultados, aquella que está formulada en términos de utilidad, aquella que se interesa más por el puerto al que llegar que por la navegación misma. La que cuida la semilla por el árbol que será. El sentido de ese encuentro se halla por fuera del mismo, en un más allá temporal.

Por finalidad deseante entiendo la que se interesa por la navegación en toda su plenitud, la que cuida la semilla como semilla y no como el árbol que será. La finalidad de ese encuentro ocurre en el encuentro mismo, adquiere su plenitud allí donde está ocurriendo. Y mi propuesta desde el ACP, es poder considerar lo terapéutico desde este modo de comprender la finalidad.

Para aquellos que practicamos la psicoterapia desde el Acercamiento Centrado en la Persona, es una condición importante la ausencia de juicios de valor acerca de lo bueno o lo malo, en lo que hace a la experiencia vivida por nuestro consultante. Y si bien el ejercicio de la suspensión de juicios es posible en cierta medida, hay un juicio muy sutil que se filtra en la finalidad intencional: que el encuentro resulta ser bueno si consigue cumplir con cierta finalidad prevista y malo si se desvía o carece de la misma.

*No tener más objetivos
que las manos abiertas
y los inevitables desvíos de la brújula,
no para corregirlos
sino para lanzarnos justamente por ellos.
Allí estas sombras que somos
hallarán los rumbos necesarios
para ahondar en el tiempo
los trazos de este sueño inverosímil
Sólo los desahuciados derroteros
y los viajes inversos
compaginan los sueños imposibles
y conducen a puerto*

Roberto Juarroz

Me apresuro a aclarar que en tanto que humanos no podemos prescindir de la mirada que nos presta utilidad, pero que, comprendiéndonos como uno de los modos en los se expresa el universo, como parte y no aparte, nos cabe la posibilidad de incluir esa segunda mirada.

En un ejemplo: si conseguimos que un consultante deje de consumir alcohol, es bueno, supuesta la finalidad de conseguir la abstinencia, en cambio si no se cumple esa finalidad es malo. Entonces todos los “recursos” incluso la escucha o las tres condiciones básicas (aceptación, empatía y congruencia) están al servicio de esa finalidad predominante y a veces excluyente a tal extremo que, en función de su propósito “curador” ignora los cimientos de nuestra práctica centrada en la persona. Esto último no desconoce el valor de un procedimiento directivo, hacia la desintoxicación.

Sin embargo la deshabitación requiere de una forma de contacto que contemple una capacidad de escucha más centrada en la persona que en el síntoma, más atenta al sufrimiento de base que a sus implicaciones y secuelas. Lo notable de los grupos de autoayuda de alcohólicos es que, a diferencia de lo anterior, la potencia esta en el encuentro mismo, en la posibilidad de contar con la presencia solidaria de los compañeros, con el deseo de testimoniar su compromiso con la abstinencia, la sobriedad y la esperanza, nada más y nada menos que “sólo” eso.

“Veamos ahora el tema de la finalidad. La espontaneidad en el surgimiento de los sistemas, niega cualquier dimensión de intencionalidad o finalidad en su constitución o en su operar, y hace que finalidad e intencionalidad pertenezcan sólo al ámbito reflexivo del observador como comentarios que él o ella hace al comparar y explicar sus distinciones y experiencias en distintos momento de su observar”¹

Desde los años de mi experiencia como terapeuta, cada vez más advierto que la finalidad deseante es la que hace que los encuentros sean potentes y transformadores, y nos ubica en el movimiento natural de la vida y de relación entre las personas.

” Los filósofos que han especulado sobre la significación de la vida y el destino del hombre, no han notado lo suficiente que la naturaleza se ha tomado la molestia de informarnos sobre si misma. Ella nos advierte por un signo preciso que nuestro destino está alcanzado. Ese signo es la alegría.”²

LOS JUEGOS QUE JUGAMOS

Partiendo del supuesto de que la realidad en su carácter múltiple opera con la lógica de las reglas de juego, querría brevemente referirme al juego que estamos jugando como civilización o como cultura: es el juego de los dualismos, del zapping, las oposiciones, los diagnósticos, las discriminaciones, las exclusiones; un mundo en el cual tanto terapeutas como pacientes vivimos la imposibilidad de permanecer en lo que ocurre, por buscar resultados urgentes. Este juego esta sostenido por la metáfora de la supervivencia del más fuerte, del principio de la competencia, en la que la urgencia es ganar a cualquier costo. (prestigio, dinero, éxito, etc.)

Los cuestionamientos que formulo a algunas posturas resultadistas están fundamentalmente dirigidos a lo que, a mi entender, son sus excesos, al carácter absoluto que da al tratamiento de

los temas, y a los abusos y clausuras que este paradigma, al menos en la actualidad, nos ha impuesto a las personas.

No pretendo, con estas consideraciones, negar nuestra necesidad de la cultura de organizar de algún modo la irrupción del acontecer, sólo quisiera advertir el carácter arbitrario de tal organización, y en tal sentido otorgarle carácter de juego. Un ejemplo de esto, podemos tomarlo de la psicopatología, cuando consideramos un diagnóstico otorgándole el carácter de “la realidad única”, con lo que estamos dejando de lado el status lúdico del mismo, que nos permitiría hacer más leve el “furor curador” de nuestro tiempo.

En el campo de la psicoterapia, crece la demanda por parte de los consultantes de mayor “eficiencia”, en la desaparición de los síntomas, ofreciendo estos síntomas como desencarnados de su propia subjetividad, siendo éste un sutil modo de sometimiento al poder del otro. Esto ha acelerado la aparición de procedimientos técnicos psicoterapéuticos, que reafirman y acentúan esta relación de poder, como “régimen de saber”, dando lugar a prescripciones e interpretaciones que sostienen la diferencia jerárquica entre el que sabe y el que no, entre el que puede y el que no. En la actualidad, este manejo del poder como sometimiento, se revela también en las prácticas que se instituyen para sostener los intereses de las grandes corporaciones médicas y farmacéuticas. Eslabones que construyen una cadena de sometimientos.

También sucede que en estos tiempos nos encontramos con una doble demanda. Por un lado, el reclamo por parte del consultante y de algunos enfoques de la psicología de ser los proveedores de las instrucciones para el uso de la psiquis, cuando hay algo que se percibe como no funcionando o funcionando mal. Hay una enorme urgencia por salirse del síntoma o del malestar, volver a la norma, ser normales, es decir, sentir que “están adentro del mundo” ; y en esto hay un derecho inalienable del padeciente de necesitar aquello que entiende como una solución para su “problema”. Él requiere estrategias, respuestas, alivio, resultados. Pero al mismo tiempo y en razón del creciente y justificado descreimiento hacia el profesional como único poseedor de la verdad, hay un requerimiento implícito y frecuentemente explícito por parte de nuestros consultantes alejado de resultados y expectativas: El ser **respetuosa y sinceramente escuchados**. Se nos pide que seamos capaces de escuchar sin proferir verdades salvadoras. Esto nos enfrenta, a quienes estamos en una relación de ayuda, a ese doble requerimiento, que en sí contiene una aparente contradicción.

En un primer momento parece haber en quien nos consulta una finalidad clara y definida: dejar de sufrir, olvidar, calmarse, elegir, dejar de tener miedo...como un objetivo a lograr. Y esto existe y es parte de lo que nos vincula. Y parece que tendemos hacia un fin, primera finalidad, ayudar a dejar de sufrir, a olvidar, a calmarse. Sin embargo lo que nos ocurre en la experiencia desde la mirada que proponemos se hace más potente cuando en el encuentro, dejamos de perseguir un objetivo. El modo de estar, en donde la calidad de presencia elude cualquier finalidad, ocurre sin que el encuentro terapéutico pierda su sentido. Cuando podemos estar presentes y permanecer, nos resulta imposible someter la experiencia a alguna fórmula general, a la mera realización de un objetivo. Es lo que defino como contemplación activa.³

El espíritu de nuestro oficio tiene varias líneas de soporte conceptual; una de ellas es la confianza en la tendencia que ordena y transforma la naturaleza total, el cosmos en general, del que somos parte, no sólo Rogers a nombrado esta tendencia, también Spinoza nos habla de la perseverancia en el ser (el conatus) que en el hombre se define como *cupiditas* es decir el deseo como pura afirmación de existencia, también Bergson la describe como el “elan vital” entre otros, así llamados vitalistas.

Esta tendencia existe independientemente de que seamos conscientes de ella. El percatarnos de esa tendencia no sólo nos permite estar frente al otro confiando en su despliegue personal, y en sus recursos sino también nos permite ser parte en ese instante de la entrevista, de un suceso dentro de una totalidad mayor, un acontecimiento del que no soy ni el artífice, ni el rector, ni el dueño ni concedor a priori. Desde este punto de vista, participamos en un acontecimiento común en donde ambos estamos involucrados en esa tendencia transformadora. La tendencia a la que me refiero marcha en dirección de una mayor complejización. Nos dice uno de los actuales y más brillantes científicos de la teoría del caos, el biólogo Dan McShea: “Enseguida aprendo dos cosas, primero, que hay un consenso general, aunque vago, de que la complejidad ha aumentado a lo largo de la historia evolutiva. Segundo, que complejidad es una palabra muy resbaladiza. Puede significar muchas cosas. Una de las cosas con la que suele ir asociada es el progreso, la noción de que la evolución procede por una vía que conduce hacia la mejora inevitable. En la actualidad los biólogos se sienten muy incómodos con la idea de progreso debido a las connotaciones de una fuerza rectora externa. Es aceptable hablar de complejidad pero no de progreso.” Hablar de transformación nos permite revisar el carácter teleológico con el que habitualmente entendemos desde el ACP a la tendencia actualizante, en la idea de que ésta “conduce” a los individuos hacia una especie de mejoría, hacia el “funcionamiento óptimo de la personalidad”. Esa manera de comprenderla, sigue ligada a una lógica finalista .Y no nos permite comprenderla como tendencia a una creciente complejidad, como multiplicidad de acontecimientos, de los que somos parte en el encuentro. La idea de progreso, implica una escala lineal donde lo previo es menos valioso que lo posterior y conlleva un inevitable juicio de valor en torno a lo que acontece. La complejidad nos incluye tanto al terapeuta como al consultante en mutua implicación, en esa multiplicidad transformativa, no lineal ni previsible. Es un puro devenir, donde la forma contiene virtualmente su trasforma.

Entonces, ¿para qué es necesaria la intervención del terapeuta desde nuestra manera de mirar? ¿Para qué son necesarias y suficientes las condiciones o las actitudes de las que nos habla Carl Rogers? Si el para qué esta sostenido en el uso que hace el terapeuta de un saber para modificar algo en el otro, con herramientas, que además le sirven para tener una distancia óptima con el objetivo de curar o reparar, nos estamos considerando como separados del otro, y desde ahí actuamos como ayudadores, ubicando a quien nos consulta en el lugar del ayudado., Esta posición puede estar presente tanto en una técnica, como en la escucha, o en las actitudes. Esta modalidad deja de lado la coparticipación y la mutua implicación que consideramos fundante de una mirada inmanente⁴ de lo terapéutico.

Esta actitud que propongo está caracterizada por la aceptación de lo que aparece, de lo que se hace presente, por el mero hecho de aparecer, y no pretende hacer nada en especial con ello más que habitarlo, siendo un participante más de ese acontecer facilitando la expresión. Esto implica un compromiso total, personal, y no necesariamente instrumental con lo que aparece.

La particularidad de esta mirada es la afirmación de lo que hay como lo que está siendo, basada en el *amor fati*,⁵ es decir en el amor a lo que sucede del que nos habla Nietzsche. Es una praxis terapéutica de creación mutua, de implicación mutua, que concibe el deseo como afirmación y el poder compartido.

Valoro los esfuerzos que se realizan en procura de una integración de los diversos modelos de psicoterapia, pero me pregunto cómo integrar aquello que defino como integro, en el sentido en que no le falta ni le sobra nada.

Volviendo entonces a la pertinencia de la finalidad immanente en el territorio de la psicoterapia, podemos dar cuenta del fenómeno del encuentro terapéutico, como un territorio en el cual el suceso es una unidad, donde no hay más jerarquías que la diversidad de intensidades que se van haciendo presentes. Ocurren flujos de formas y transformas, diferentes planos de experiencia, distintos modos de manifestación y expresión, dentro de lo integro y eterno de ese encuentro, de lo que allí está presente.

Sin duda esto requiere más de una actitud que de una técnica, más de un compromiso experiencial que de un automatismo intelectual, y debiéramos admitir que, para poder situarse en esa plenitud de presencia por parte del terapeuta, hay un enorme camino que desandar: el camino de los prejuicios, las etiquetas y la urgencia de “resultados”. En este sentido nuestra modalidad en psicoterapia es **inofensiva**, porque se propone **estar como modo de hacer más que hacer como modo de estar**, es decir no toma la ofensiva con relación a quien consulta.

El poder en psicoterapia es compartido entre terapeuta y paciente, de tal modo que, entre ambos ocurre el acontecer terapéutico que da lugar a la transformación. Ambos son activos en esa relación. Esto es para nosotros el poder de la psicoterapia. De esta manera la relación de poder es otra, las jerarquías a priori se desvanecen en el encuentro. Es también una puesta en cuestión del poder médico, definiéndonos más como ayudantes, (participantes de la ayuda) o si se prefiere, socios en esta aventura, claro que con roles diferentes dentro del mismo acontecimiento.

En este sentido la psicoterapia que proponemos es **subversiva**, porque subvierte el orden jerárquico del que sabe: el terapeuta, y el que no sabe: el paciente. Así admitimos entonces la ayuda como algo que se instala en el suceso de una sesión o de una entrevista. Todos los participantes de ese acontecimiento terapéutico somos beneficiarios de la ayuda.

Una forma interesante de verlo es como lo expresa Thomas Moore (1998) en El cuidado del alma:

“El cuidado del alma es algo de un alcance muy diferente al de la mayoría de las modernas nociones de la psicología y de la psicoterapia. No tiene que ver con curar, arreglar, cambiar, adaptar o devolver la salud, ni tampoco con idea alguna de perfección, ni siquiera de

mejoramiento. No busca en el futuro una existencia ideal y libre de problemas. Mas bien se mantiene pacientemente en el presente, cerca de la vida tal como se presenta día a día.”

La psicoterapia es entonces un suceso que se manifiesta descentrado, lúdico, creador de nuevos sentidos, que posibilita la constitución del fenómeno originario del encuentro e implica una especie de convivencia de todos los elementos del “entre” que encuentran allí su potencia de hacerse manifiestos. Esa relación va a responder a su propia dirección, creando sus formas, estilos, ritmos. La psicoterapia así entendida no es una cuestión de tiempo. No cabría entonces hablar en términos de proceso sino de transformación, como el cambio de la forma dentro de sí. Cada encuentro es en sí un suceso y tiene la nota de la eternidad, y no le falta ni le sobra nada porque ese encuentro es todo dentro de ese encuentro.

Las reglas de este juego que propongo son la plenitud de presencia, la conciencia de que somos multiplicidades, **que somos lo que ocurre**. Advirtiéndolo que si bien estamos diferenciados, no estamos separados, que somos parte de la trama universal que nos une a todas las otras manifestaciones de lo que existe. Es por todo esto que nombramos lo terapéutico como un acontecimiento vital, expresión del devenir de la vida y de los encuentros en los que nos involucramos con esta calidad de presencia.

LA PSICOTERAPIA EL ARTE DE LA RECIPROCIDAD.

"Hoy aprendí que se puede escuchar el sonido de lo cotidiano con sólo estar abierto a los ruidos, las voces, las melodías, los silencios, que suceden ininterrumpidamente y son inevitablemente efímeros. Algunos tienen una duración mayor otros son apenas centésimas de segundo, porque ocurren en el tiempo. Éste conglomerado de sonidos constituyen una **sinfonía bella**, y es bella porque expresa la multitud de todo lo que existe, de todo lo que hay aquí y ahora. Si pudiéramos comprender y entre comillas escuchar el “sonido” de los acontecimientos de la vida con la misma apertura con la que nos disponemos a escuchar los sonidos del mundo, tal vez pudiéramos disfrutar de esa sinfonía compleja, múltiple, entramada, cruel, amorosa, a la que denominamos una **vida bella**." ⁶

“La palabra primordial Yo-Tú sólo puede ser dicha con la totalidad del ser. La concentración y la fusión en todo el ser nunca pueden operarse por obra mía, pero esta concentración no puede hacerse sin mí. Me realizo al contacto del Tú; al volverme Yo, digo Tú. Toda vida verdadera es encuentro”. ⁷

LA IDENTIDAD Y EL OTRO

Antes de comenzar a referirme al concepto de reciprocidad en el campo específico de la psicoterapia, voy a realizar un paso por los conceptos que fue necesario revisar a partir de mi práctica como terapeuta. Ya en mi artículo acerca del “camino de la indiferencia”, escrito en el año 1989 me vi en la urgencia de replantearme quien es el otro, que es equivalente a preguntarme quien soy yo, lo cual me llevo a repensar la clásica noción de identidad, tanto desde la lógica como desde la psicología y la filosofía, encontrando en el concepto de acontecimiento una mayor justeza para caracterizar el devenir terapéutico.

Repensar la noción de identidad desde el acontecimiento nos permite comprenderla como un fenómeno no preexistente, que se constituye en cada encuentro, como multiplicidad móvil, siendo siempre circunstancial. Desde esta mirada, admitimos que la relación es la que funda los términos, es decir que los términos de una relación se instauran a partir de ella. Hay allí una reciprocidad fundante que distribuye recíprocamente una identidad circunstancial a cada uno de los participantes del encuentro. Soy el que se constituye en la plenitud del encuentro con el otro que a su vez también se constituye ahí. Hay una reciprocidad constitutiva que es originaria y fundante de eso que denominamos identidad.

Revisar la noción de identidad, es un intento de pensar lo humano y lo interhumano, de un modo más abarcativo, procurando trascender los dualismos y la visión antropocéntrica del mundo. Esta propuesta implica una "reforma del entendimiento" tal como lo plantea Spinoza en su libro del mismo nombre, y que inaugura la comprensión de tres distintos géneros de conocimiento.

Spinoza entiende que reformar el entendimiento es poder comprender el carácter absoluto de que: todo lo que ocurre esta inevitablemente ligado y que conocemos por la imaginación (primer genero de conocimiento) cuando llevados por la percepción de nuestros sentidos vemos como aisladas las cosas y las personas y podemos fragmentar el conocimiento y estructurarlo analizando el todo por las partes. Esto haría este conocimiento, si bien necesario, incompleto. Nos faltaría percatarnos de la necesaria e imprescindible relación que une todo lo existente, entender que somos relaciones.(segundo género de conocimiento). Siendo la intuición el tercer genero de conocimiento. El de la "ciencia intuitiva". Es el amor dei intellectualis.(amor intelectual a Dios) por el que se contempla a Dios (Spinoza habla indistintamente de Dios, la Naturaleza o la Sustancia) y a todas las cosas en Dios sub specie aeternitatis (bajo la especie de la eternidad)

Las personas podemos ser entendidas como nudos de una red en transformación, que se anudan y desanudan en forma incesante, configurando singularidades únicas, en mutación permanente, participando de nuevas relaciones constitutivas, y así al infinito. Cada individuo singular es un nudo de relaciones y cada relación es un nudo de individuos singulares.

Tomando el encuentro terapéutico como un acontecimiento, propongo un modo de conocimiento y comprensión de ese fenómeno, como una aventura, como un aventurarse a "la experiencia de dejarnos atravesar por aquello que nos pasa y nos hace ir siendo".⁸

Cada vez que nos encontramos con alguien, nos abrimos a la novedad de esa experiencia, que va más allá de los datos y el conocimiento que tengamos acerca del otro y también de nosotros mismos. La realidad de cada encuentro siempre es única y nueva, todo encuentro es entonces novedad y creación. ¿En qué medida, cuando nos preguntamos por quien es el otro, seguimos fijados en la lógica de la identidad? La respuesta a la pregunta sobre quién es el otro, siempre produce un recorte del acontecimiento que divide el territorio del encuentro entre un afuera y un adentro, un mí mismo y otro "mismo de sí".

La propuesta es poder estar en el acontecimiento, sin esa división, estando en presencia de todo en ese **entre absoluto**, está la fuerza vital, la tendencia transformativa, la dirección de toda transformación, el devenir libres.

Hay un momento

en que uno se libera de su biografía

y abandona entonces esa sombra agobiante,

esa simulación que es el pasado.

Ya no hay que servir más

la angosta fórmula de uno mismo,

ni seguir ensayando sus conquistas,

ni plañir en las bifurcaciones.

Abandonar la propia biografía

y no reconocer los propios datos,

es aliviar la carga para el viaje.

Y es como colgar en la pared un marco vacío

para que ningún paisaje se agote al fijarse.

Roberto Juarroz

MUTUA IMPLICACION Y PRESENCIA PLENA

La mutua implicación es un punto clave para comprender esta propuesta. Es un modo de nombrar la experiencia de constituirnos personas en relación mutua con todo lo que ocurre y las palabras son sólo una parte de la expresión total. Los contornos de lo que llamo yo, o mi mismo, son múltiples, cambiantes y en constante relación móvil con el entorno que comparte esta misma característica móvil. Es importante para nosotros transmitir que no estamos hablando de un aspecto solamente psicológico de la cuestión, sino de cómo consideramos que se constituye cada singularidad, como experiencia total, entera, donde cuerpo y alma son expresión de un mismo fenómeno.

Somos relaciones constitutivas, y desde esta afirmación no existe un **otro sustancial** al cual abrirse, sino más bien consideramos que eso que llamamos otro es multitud, y eso que llamo mi

mismo también lo es, multitud de intensidades, de relaciones, de mundos, combinándose en un "eterno ahora"...

La Identidad entonces pasa a ser algo que experimentamos, y es el registro de la singularidad que estoy siendo aquí y ahora. La experiencia en la que soy, me hace percatar que nunca soy el mismo.

Entonces a cada relación, a cada conversación, a cada encuentro, todo puede cambiar, todo puede volver a comenzar, todo se hace transformación, todo se recubre de un cierto misterio, todo conduce hacia la llamada de un cierto no-saber. Como lo dice Jacques Derrida:

"De verdad que no lo sé, pero este "no lo sé", no es resultado de la ignorancia o del escepticismo, ni de nihilismo ni de oscurantismo alguno. Este no-conocimiento es la condición necesaria para que algo ocurra, para que sea asumida una responsabilidad, para que una decisión sea tomada".⁹

Mirado desde este punto de vista, entramos en un acontecimiento común en donde ambos estamos involucrados en esa tendencia transformadora que nos constituye y nos transforma recíprocamente.

LA RECIPROCIDAD RADICAL

Entiendo que es inusual incluir el concepto de reciprocidad en una profesión definida en términos de ayuda, donde en principio debieran existir al menos un ayudador y un ayudado. Es decir que hay alguien que provee la ayuda y otro que la recibe...verdad de Perogrullo.

En la obra de Carl Rogers se desliza a veces implícitamente y otras de manera explícita la inevitable reciprocidad en cuanto al campo experiencial de los participantes de una relación de ayuda, expresada como la primera de las seis condiciones necesarias y suficientes para la concreción del proceso terapéutico.¹⁰

No obstante lo obvio de lo anterior, también resulta incuestionable por la fuerza de lo evidente, que cuando alguien toca es al mismo tiempo, inevitablemente, tocado por aquello que toca. Se trate tanto de algo dotado de vida como algo inerte, que también forma parte de la vida.

A veces la lógica de los especialistas ayudadores nos invita falsamente a creer que tocamos una rodilla, si somos por ejemplo médicos traumatólogos, pero debemos reconocer que esa rodilla toca nuestra mano. Aun en el gesto amoroso de un padre besando en la mejilla a su hijo ocurre el mismo inevitable fenómeno. De tal modo que desde el punto de vista estrictamente corporal hay una reciprocidad de contacto más allá de la significación del mismo.

Nos dice Susana Kesselman "En mi filosofía de trabajo tiene lugar una eutonía que considero abierta, porque se va produciendo en un encuentro entre almas y cuerpos, que transforma tanto a quien la ejerce como a quien la recibe"¹¹

Hay también una inevitable reciprocidad en la tarea terapéutica que, al estar involucrados, va más allá de la conciencia que ambos podamos tener de lo que ocurre.

Es decir que el contacto al menos entre dos, desnudo de toda atribución a alguna de las partes, librado de toda significación, eximido de toda finalidad, es profundamente igualitario. Esto es la reciprocidad radical a la que me refiero.

Por supuesto que con la carga de la atribución, la significación, la finalidad, la identidad o mejor la identificación y las “jerarquías”, ese contacto se vuelve asimétrico, y en razón del marco que aportan estos agregados alguien detenta el poder de tocar y otro el poder de ser tocado. Esto último, da lugar a las diferencias de poderes, que otorgan autoridad a quien detenta el poder de tocar.

Tocamos con el cuerpo, con las palabras, con los silencios, con los objetos y desde allí se traza un sinuoso camino que puede ir desde la curación, la sanación y el cuidado, hasta la esclavitud, el sometimiento, la tortura y la muerte.

Lo vemos a diario: el periodista que pregunta tiene alguna atribución por sobre aquel que responde, el cirujano por sobre su paciente, el torturador por sobre su víctima, el maestro por sobre su alumno y así podría pasar por la infinidad de contactos que caracterizan las relaciones humanas.

¿Cómo es esto en el campo específico de las relaciones de ayuda en general y de la psicoterapia en particular?

En estas prácticas ya está jugado de antemano el marco que las define:

1. El contacto se establece por una doble finalidad por un lado la intención de ayudar y por el otro la intención de ser ayudado.

Aquí cabría una diferenciación entre la intención y el deseo, que da lugar a la cuestión del “para que” a la que me referí al comienzo de estas notas:

INTENCION: Determinación de la voluntad en orden a un fin. (Rae)

DESEO: Movimiento afectivo hacia algo que se apetece. (Rae)

Vista esta diferencia, podría establecerse algún contraste entre desear ayudar, y tener la intención de ayudar: en un caso se tratara de un movimiento afectivo y en el otro de una voluntad determinada. Esta diferencia no implica necesariamente exclusión de una o de otra, no obstante, considerando el marco: no es idéntico el contacto que resulta de una práctica en la cual sólo exista la intención o el de aquella en la cual solo exista el deseo.

2. Otra característica del marco que define las relaciones de ayuda es la experticia, la pericia supuesta de quien ocupa el lugar del experto. Es aquel que posee el mapa que orientara la búsqueda de soluciones, de respuestas a las inquietudes del consultante, del otro.

Cabría preguntarnos si existe un mapa del portador del mapa, es decir un mapa de la mismidad, además de poseer uno de la otredad. Nos dice Carlos Skliar citando a Deleuze y Guattari:

“El mapa de la mismidad parece haberse esfumado junto con los mapas trazados durante siglos sobre los otros. Porque ese mapa indicaba siempre para lo mismo de nosotros mismos y la mismidad era así y en sí un significado completo, absoluto, ordenado, coherente. El mapa de la mismidad como un calco de lo mismo, el calco de aquello que siempre vuelve a lo mismo (Deleuze y Guattari, Rizoma. 1977, p. 29).”

En la práctica muchas veces observamos que cuando alguien asiste a una consulta médica o psicológica no sólo lo hace buscando un especialista, sino que él mismo se presenta como especialista en algún dolor, algún padecimiento o algún "desacuerdo interno", sustrayendo su complejidad, su multiplicidad insondable, su riqueza experiencial, y ofreciéndose como un “objeto de estudio”. Como escribí hace unos años entiendo que esta posición de especialistas está sostenida en una especie de **cartografía**, es decir, en un procedimiento que tiende a predefinir el terreno al cual vamos a acceder¹².

El acceder a un territorio desde un mapa también implica ciertos riesgos, por ejemplo: el llegar sólo a los lugares que se supone que el mapa describe como aquellos a los que se va a llegar, con lo cual no hay nada nuevo que conocer sino simplemente constatar que el territorio repite el mapa. Pretender acercarse a este territorio exento de mapas, implica otros riesgos muy distintos; por ejemplo: perderse en ese territorio, confundirse, "no llegar a ninguna lugar ". En realidad no hay ningún lugar al que llegar, si advertimos que estamos en el lugar en el que estamos. En rigor, **somos parte** de ese territorio que se supone vamos a investigar, esto implica un modo de estar profundo y comprometido que se dispone a un encuentro que es único por su carácter de irrepetible.

3. Una tercera característica propia del marco se refiere a la noción de éxito, o eficacia, sensiblemente vinculada a los dos aspectos anteriores. El objetivo, la razón de ser de la intención y de la pericia es el éxito en lo que esto quiera decir para cada uno de los participantes de ese encuentro.
4. Una cuarta característica es el proceso como el camino recorriendo los distintos casilleros en dirección a la llegada (el juego de la Oca). Ese marco, define las prácticas de antemano, creando territorios como mapas o casilleros por los que saltar. Si ese marco está visible, podemos ver como crea la realidad que habitamos, donde la novedad y la creación tienen un lugar acotado.

Probar acercarnos a lo comprensión de esa mirada recíproca, es un toma de posición frente a la realidad y a la práctica, que también crea otros mundos, donde la transformación es posible, (con la naturalidad de la tendencia transformativa) desde la mutua implicación.

A partir de la lectura de la obra de J. Derrida encontré en su trabajo acerca de la hospitalidad un modo de referirme a la reciprocidad en su aspecto más radical, aquel que interroga tanto al dueño de casa, como al extranjero.

Derrida plantea que existen leyes de la hospitalidad que condicionan y violentan al extranjero, tales como: el mero preguntarle su nombre y exigir de un modo implícito que responda en mi

lengua que además de ser mi idioma, es también mi cultura, mis valores. Esto es equivalente a los planteos de formalizar la psicoterapia de acuerdo a un “lenguaje” canonizado y reglado que es el marco dentro del cual se espera que ocurra un proceso terapéutico.

En cambio plantea la hospitalidad radical como una alternativa a esas leyes y lo formula así:

Decimos sí, al recién llegado antes que cualquier determinación, antes que cualquier anticipación, antes que cualquier identificación, se trate o no de un extranjero, de un inmigrado de un invitado o de un visitante inesperado, sea o no el recién llegado un ciudadano de otro país, un ser humano, animal o divino, un vivo un muerto, masculino o femenino. ¹³

Desde esta perspectiva, también podemos repensar la noción de aceptación incondicional, en un plano más hondo que el de las individualidades aceptándose mutuamente, es una aceptación profunda, constitutiva. Es un sí al recién llegado que es el otro y que soy yo constituyéndome ahí. Es un sí a lo recién llegado, de donde nacerá un lenguaje común de expresión única.

IMPLICANCIAS SOCIALES Y ETICAS

Es por eso que me refiero a la psicoterapia como al arte de esa reciprocidad radical, como el arte de habitar ese espacio abierto de la hospitalidad radical también. Y esta posición enriquece y potencia la tarea en ámbitos sociales, comunitarios, en el trabajo con grupos minoritarios excluidos del sistema, creando una clara diferencia con la solidaridad, que suele definir un territorio donde algunos dan y otros reciben. Apoyo, ayuda, respaldo, protección, favor, aval, defensa son sinónimos de solidaridad. Es una acción que parte de alguien y va hacia un destinatario. Hay una diferencia de nivel entre quien tiene la posibilidad de ayudar y entre quien está necesitado de esa ayuda. La solidaridad, hoy en día, ha quedado en el campo de la caridad y del paternalismo. La reciprocidad implica una ida y vuelta de las acciones y las vivencias; en este caso, hay correspondencia, correlación, conexión, intercambio, paridad. Hay ayuda mutua. No somos ni ayudadores ni ayudados sino ayudantes es decir participantes del acontecimiento de la ayuda. Es por esto mismo que hablo en términos sociales del “cuidado como política” más que de las “políticas del cuidado”.

Me parece importante considerar esa reciprocidad radical, no solo como una manifestación de la práctica clínica o asistencial, sino como posición política y ética frente al encuentro con un desconocido que es siempre el otro y por lo tanto también uno mismo, en tanto es creado como tal en la relación, somos producidos y productores del entre que determina el decurso de un acontecer que siempre está irremediamente determinado por el encuentro.

Desde esta mirada es otra la relación de poder que se establece, no existe para el terapeuta la exigencia de producir una respuesta, que es un mandato que impone la lógica médica que supone que debemos “curar” a quien nos consulta. Nuestra tarea es acompañar a quien nos consulta, con el rigor que implica estar presentes en ese acontecimiento con toda nuestra potencia y contemplando activamente, sin mandatos ajenos a la constitución de ese particular y único encuentro. **Con la certeza que allí reside nuestra eficacia como terapeutas.**

Por lo tanto intento ofrecer a las personas que acuden a la consulta, a los alumnos y a los colegas que hacen covisión conmigo: presencia plena, reciprocidad, tiempo, apertura, atención, deseo (como la acción de desear), respeto y un modo de considerar el encuentro como esa fuerza expresiva, que nos ubica de lleno en una hospitalidad radical, que configura lo que para mí es lo terapéutico de la terapia.

¹ Maturana Romesín Humberto .Referencia del Prefacio a la segunda edición del Libro: De máquinas y seres vivos: Autopoiesis, La Organización de lo vivo.

² Bergson Henri Materia y memoria .

³ Rud Claudio . Entre metáforas y caos. (De la intervención pasiva a la contemplación activa). Ediciones Nueva Generacion. Buenos Aires

⁴ Rud Claudio . La filosofía de lo Abierto. 2006

⁵ Nietzsche - Ecce HomoMi fórmula para expresar la grandeza en el hombre es *amor fati*: el no querer que nada sea distinto, ni en el pasado, ni en el futuro, ni por toda la eternidad. No sólo soportar lo necesario, y menos aún disimularlo -todo idealismo es mendacidad frente a lo necesario-, sino *amarlo...*"

⁶ Rud Claudio. Sinfonía viva. 2010

⁷ Buber Martín. Yo-Tu

⁸ Larrosa, Jorge. (2003). *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel*. Cap. 7. Barcelona: Ediciones Laertes S.A.

⁹ Skliar Carlos "Las perspectivas, los sujetos y los contextos en Investigación Educativa" Mendoza, 3 y 4 de mayo de 2007 Panel Sujetos y Contextos de la Investigación Educativa .La pretensión de la diversidad o la diversidad pretenciosa.

¹⁰ Rogers Carl R.. El proceso de convertirse en persona. Editorial Paidós – Barcelona – (1961)

¹¹ http://www.susanakesselman.com.ar/eutonia_en_mi.html

¹² Rud Claudio . Entre metáforas y caos.Pag. 45. Ediciones Nueva Generacion. Buenos Aires

¹³ Derrida J.. La Hospitalidad .Ediciones de la Flor. Buenos Aires.2006 pag.81